

LA VENGANZA DEL COMPADRE



LA VENGANZA DEL COMPADRE

—Lo dicho, y basta y sobra para el que me haya querido entender. Lo que hay es que algunos tienen la lengua muy larga y tendré yo que decirles dos palabritas á la oreja, á ver si así tienen de qué hablar para toda la vida, si es que les queda probabilidad.

—Como estas son cruces, que me caiga redondo aquí mismo si yo delante de Miguel dije ayer nada que fuera con segunda, ni con el aquel de maliciarle. Y eso no es sino que el mismísimo chivato que le fué á él con el cuento, te fué á ti luego con el paripé de que los demás hablamos ó dejamos de hablar, y á ese quisiera yo cogerle aquí ahora

para que se viera quién es hombre de verdad y de procedencia.

—No lo dije por ti. Lo dije por alguno que puede que le importe. Si no está presente, como hay muchos que me están oyendo, no faltará quien le entere. Digo yo, por que nunca falta.

—Mira, Joseliyo, no quisiera yo que te quedaras con esa espina y el escozor de que alguno de los presentes, máxime si toda la serenata ha sido para mi ventana, le haya ido á zumbar la mosca en la oreja á tu compadre. El que más y el que menos sabemos...

—¿Qué vas á decir?

—Nada, que viene tu compadre, y aquí no se habla más del asunto. Otra ronda, señor Ventura.

A muy buen tiempo quedó cortada la escena, que si por el lugar de la acción y el carácter y estilo de los interlocutores apenas era digna del humilde zueco, más de una vez estuvo á punto de levantarse con desen-

lace sangriento sobre el coturno trágico.

Era lugar mayor de la escena un pueblecillo de las serranías de Córbova, y menor y particular del interrumpido diálogo un ventorrillo situado á la entrada del pueblo.

Los personajes eran varios, y al comenzar la escena, todos por igual interesados en ella, animaban el diálogo con vivas réplicas; pero como vieron el sesgo del asunto, y como soplaban vientos de pendencia, poco á poco fueron apartándose, y en parejas ó en grupo salieron los más prudentes y sentáronse lejos los más curiosos. De prudente, no de curioso, que bien quisiera él no entender en nada, solo permaneció sin moverse, blanco, impasible de las indirectas y provocaciones del retador, un bien plantado sujeto, en el color y en el aspecto agitanado, y en lo socarrón y escurridizo gitano entero. Quien con él se encaraba era un mocetón bien portado en el traje y respirando despejo y valentía de toda su persona. Decidido parecía á no dejar

la cuestión en el punto indicado, cuando al avisarle de que llegaba su compadre, con sacudimiento repentino mudó actitud y cara como si tales cosas no hubiera dicho.

El anunciado entró derecho á saludar á los de la disputa y tomó asiento á la misma mesa.

Aparentaba más edad á primera vista de la que, mejor considerado luego, había de suponérsele. El color cetrino, algún manchón de canas que resaltaban doblemente sobre el pelo negrísimo, y más que nada, quebranto y dejadez en cuerpo y semblante, le presentaban con apariencias de vejez.

Bebió poco y habló menos, mal hallado entre tantos que le miraban fijos, con la sorpresa de que solo su entrada hubiera cortado tan de repente la disputa. Bien sabían todos que Miguel y Joseliyo, amigos de toda la vida, y compadres para mayor solidez de su amistad, no podían tener secretos el uno para el otro, y si de aquello lo hacía Joseli-

yo y cambiaba de conversación al llegar el compadre, esforzándose por reir y bromear con el azorado gitano, era... por lo que todos sabían, menos Miguel, aunque, según el gesto de vinagre con que se entraba como á cosa hecha, sin ganas de charlar ni de beber, algún barrunto debía de traerle desazonado.

—¿Vienes conmigo?—preguntó á Joseliyo, como quien invita y espera á que le acompañen.

Púsose el otro en pie dispuesto á seguirle, y pagado el gasto, juntos salieron, dejando á más de uno en la reunión con hormigueo de echar detrás y volver después al ventorro, relacionero ufanoso de noticias frescas. Contentáronse con rodear al gitano para que les enterase mejor de cuanto habían oído á medias; pero el amigo, bien escarmentado, apuró más que de prisa las lagrimillas y escurriduras del vaso en que había bebido hieles durante la pasada crujía, y con muy buen aire tomó soleta, sin atender razones, y como

iba saliendo les increpaba con desahogo:

—El que quiera saber que le pregunte á las ánimas á media noche y no me traiga á mí en sus cuentos, y mal *guindao* me vea yo un día claro si vuelvo á decir aquí ni la hora que es, ni el tiempo que hace, que por darle gusto á la *muy* sois ustedes capaces de traer la perdición de un hombre de bien.

Y echó calle abajo, desahogado el respiro, como quien deja caer un peso muy angustioso.

Mientras, por las afueras ya del pueblo, iban los dos compadres mano á mano hacia el cortijo donde tenía Miguel casa y hacienda.

—¡Ay, Joseliyo, si no tuviera uno con quién desahogar el pecho! Viudo estás y eres joven y volverás á casarte; porque aunque aquella hija tuya es un consuelo y una compañía muy grande, ya ves, hasta que sea moza y te pueda valer de algo, ¿quién cuida tu casa y quién la cuida á ella?

Que tú andas siempre de un lado á otro para ganarte la vida y tienes que dejársela encomendada á cualquiera, y ni á la chica ni á ti os conviene. De modo que lo mejor que puedes hacer es volver á casarte; pero mira que te lo digo, y es el Evangelio, no te cases como yo, sin mirar otra cosa que la presencia y la cara de la mujer; mira que la cara, luego que la tienes en casa siempre delante, te hartas de mirarla, y ya te parece como el sol, que de verlo todos los días no reparas en él sino cuando te cae de plano y te quema la sangre, y tienes que desviarte á la sombra para quitarte el sofocón. Pues lo mismito le pasa al marido de la mujer guapa. Y no es lo peor, sino que todo el mundo tiene que mirarla y hablar de ella; que bien dicen... lo bueno, el primer día para su dueño; y lo demás del año, para el extraño. Ya ves lo que se habló ayer en casa de Ventura.

—Hablar por hablar; ya les dije yo lo que era menester.

—¿Tú?

Se turbó Joseliyo al notar la extrañeza del compadre, pero acudió pronto al reparo de su ligereza.

—Yo, sí; de ti nadie tiene que decir nada delante de mí, porque si por alguien me busco yo la ruina es por ti, bien lo sabes.

Le temblaba la voz al expresarse con tan vehemente afecto. Miguel, por única respuesta, le echó un brazo por encima del hombro, sobre el cuello, y al sentir la presión cariñosa, Joseliyo dobló la cabeza, como si el brazo del compadre le rindiera con peso abrumador.

Pensativos subían los dos compadres el altozano por donde iba la senda derecha del cortijo. De improviso se adelantó Miguel unos pasos, y con un brazo extendido señaló la puerta de su casa.

—¿Lo ves? Ya está aquella de palique con un hombre. No le conozco desde aquí, ni quiero conocerlo. No me importa; si ella no

les diese conversación...; así luego tienen todos que hablar. ¿No han de tener? Si esa mujer ha de ser la ruina de mi casa.

No le replicó Joseliyo, cada vez más enfascado consigo mismo, y en esto ya se acercaban al cortijo á tiempo que se despedía el que hablaba con la mujer de Miguel. Al verle de cerca y conocido, paráronse los tres en saludos, mientras la mujer esperaba delante de la puerta, bajo el emparrado.

Era ciertamente la mujer de Miguel, María Pepa, para traerle en cuidado; porque podíase asegurar que donde se presentara había de llevarse los ojos de todos. No era perfecta su hermosura, pero era un gracioso compuesto de imperfecciones. Alta, escurrida de talle y caderas, de encarnadura apretada, sin blandos contornos el cuerpo; su cara era toda mohín picaresco de esfinge burlona, que propusiese graciosa adivinanza con besos por premio y burlas por castigo. La expresión de la boca contradecía enigmática la